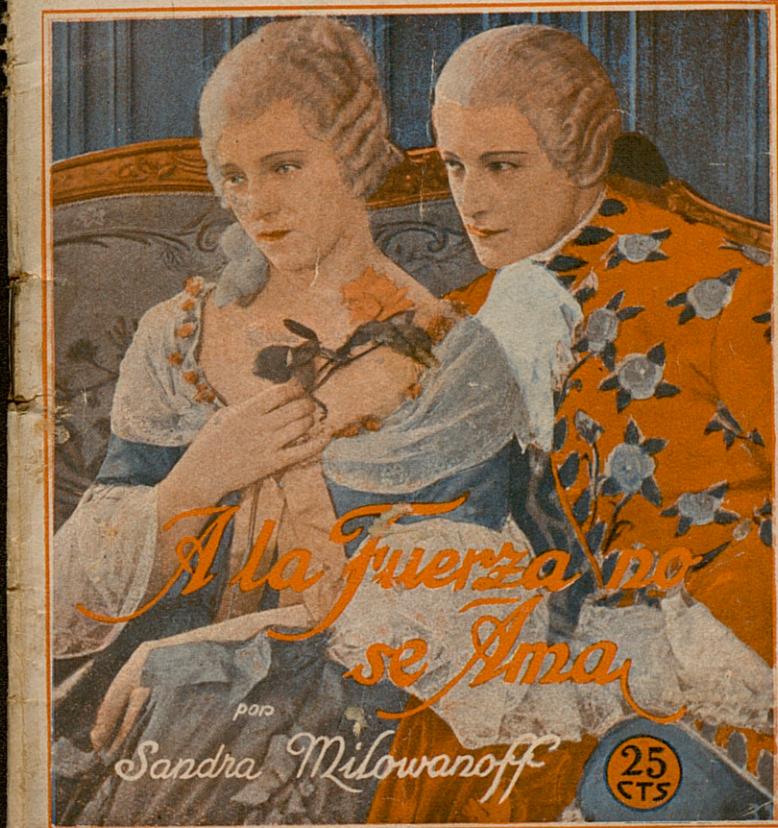


PELICULAS³⁰

Novela Semanal



PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 30 :: 25 CTS.

MAUPRAT

1926

Adaptación literaria de la película

A LA FUERZA NO SE AMA

basada en la novela del mismo título, original de la ilustre escritora Armandina Dupin (Jorge Sand), maravillosamente interpretada por la bellísima estrella SANDRA MILOWANOFF y el gran actor NINO CONSTANTINI

Exclusivas BALART y SIMO

ARAGÓN, 249

::

BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 925 : BARCELONA

La brillante cacería organizada por el noble castellano Humberto de Mauprat había tenido un doloroso epílogo. Su hija Edmunda, rayo de sol que alegraba el ocaso de su vida, había salido con todos los cazadores y, con la zozobra consiguiente, pasaban las horas sin que la gentil doncella se viera aparecer por ninguna parte.

Como ocurre siempre en estos casos, todos pensaban lo peor. Desde luego, no había duda de que le había ocurrido un accidente. El noble caballero estaba loco de angustia. Acercábase la noche a pasos agigantados y ni se veía ella, ni volvían tampoco los monteros destacados en su busca. El señor de Mauprat, en su febril ansiedad, no podía apartar de su mente las trágicas visiones, y tan pronto le parecía ver el caballo montado por su hija saltando desbocado por horribles precipicios, como se imaginaba a la pobre doncella, encanto de su vida toda, asaltada por una manada de lobos hambrientos, cuyos blancos colmillos, agudos cual estiletes, hendíanse en sus rosadas carnes de nácar y terciopelo.

Afortunadamente, ninguna de estas cosas tan graves sucedía a la hermosa doncella. He aquí lo que le había ocurrido: entusiasmada

en el acoso de una pieza, Edmundua desvió su caballo del grueso de la partida y se lanzó a través de lugares desconocidos, tan lejos que cuando quiso recordar ni siquiera se oían las trompas de los ojeadores. Perdida entre un océano de árboles, anduvo a la ventura. Al llegar la noche, cuando ya los aullidos de los lobos comenzaban a poner en su alma de niña el espanto consiguiente, Edmundua, con la alegría del naufrago que, al fin, divisa la playa, apercibió un débil resplandor y no tardó en distinguir el almenado contorno de unas elevadas torres.

Si la pobre extraviada hubiera sabido que aquel castillo era la Roca Mauprat, el lugar maldito, a buen seguro que su sangre se habría helado de espanto y hubiese preferido cien veces pasar la noche en el bosque, en medio de las fieras, que nunca serían peores que los moradores de aquella mansión del terror.

La Roca Mauprat era una fortaleza casi inexpugnable donde a la sazón moraba la rama segundona de la familia, manada de bandoleros y desalmados, pavor de villanos y vergüenza del buen caballero de Mauprat, que veía con dolor su blasón mancillado por las terroríficas hazañas de unos parientes sin conciencia, para quienes la matanza y el pillaje eran algo así como un delicioso deporte que al mismo tiempo les aseguraba la subsistencia. Las orgías escandalosas, en las cuales, como número final, se incluía de vez en cuando el martirio de algún pobre diablo, eran moneda corriente entre los de la banda.

Al mismo tiempo que la joven se dirigía a buen paso hacia lo que consideraba su puerto de salvación, el atribulado caballero de Mauprat recibía en su castillo de San Severo al vizconde de La Marche, pretendiente a la mano de Edmundua.

—Encantado de saludaros, querido La Marche, pero llegáis en unos momentos bien tristes para mí; mi hija Edmundua salió de cacería e ignoro qué ha podido sucederle. Presumo que, desde luego, nada agradable.

—Caballero... yo lamento este incidente, que bien sabéis me llega al alma, y me duele aun más porque a vuestro justo dolor tengo que añadir otro: Su Majestad, indignado por las fechorías de esos Mauprat renegados, me ha dado orden de atacar esta noche la maldita Roca, cueste lo que cueste. Afuera, en la explanada, tengo acampadas mis tropas, a las que acompaña un regular ejército de villanos. Yo... como sabéis los deseos que abrigo acerca de vuestra familia, antes de proceder y matar alguno de vuestros primos he querido consultar...

El caballero Humberto se enjugó una lágrima que asomó furtiva a sus párpados y exclamó con energía:

—¡Cumplid con vuestro deber, vizconde! Mis mesnaderos, mis tropas y yo os ayudaremos en la empresa. ¡Hace tiempo he renegado del parentesco que me une a esas gentes!

Advertidos por uno de los servidores del castillo de la llegada de Edmundua, o más bien de una hermosa mujer, puesto que igno-

raban todavía quién era, uno de ellos se apresuró a recibirla.

—Señorita de Mauprat—le dijo al reconocerla—, vuestra prima la señorita de Roche-maure, frente a cuyo castillo os encontráis, os ruega la perdonéis si por estar enferma no viene en persona a franquearos la entrada. A falta de otra mejor, os suplico aceptéis mi compañía.

Edmunda, muerta de espanto, sin poder articular palabra, tomó el brazo de su acompañante y penetró en el salón, donde se hallaban reunidos todos los bandoleros. Al ver a la hermosa dencella, los ojos de los facinerosos, un tanto abrillantados por el exceso de las libaciones recientes, parecieron querer salirse de las órbitas, a impulsos de la codicia. En verdad que jamás habían cobijado aquellas malditas paredes una flor tan delicada.

Desde el primer momento la aposentaron en el puesto de honor y, semejantes a los abejorros ante un panal de miel, se apretujaron todos alrededor de ella, haciendo caso omiso de las protestas del Mauprat mayor, cuya categoría de jefe de la partida no servía de nada en aquellos instantes.

Edmunda se hallaba aturdida, sofocada; en torno suyo no veía más que manos semejantes a las garras de las aves de presa, que parecían querer posarse sobre su cuerpo para arrancarle a tirones el vestido con aquellas uñas de garfio. Rechazó los manjares que todos a un tiempo le ofrecían y apartó con horror los vasos de lata, en cuyos bordes per-

manecían intactas las señales de haber recibido las caricias de numerosos labios.

El salón desmantelado, las paredes de piedra, desnudas y ennegrecidas por la acción del tiempo, las caras patibularias y los rostros feroces que se miraban en el suyo con expresión de ansias mal contenidas, helaban la sangre de sus venas. Abajo, en el patio, se oían los desgaradores lamentos de un desgraciado sometido a tortura.

En tales circunstancias, el ruido de unos disparos ante las puertas del castillo maldito sonó cual música angelical en los oídos de la desventurada muchacha.

—Deben ser los soldados de tu padre que vienen a reclamarte—dijo uno de ellos—; pero ya veremos si consiguen o no arrancarte de nuestras manos. *queridísima primita*. Eres demasiado hermosa para que nos resignemos a perderte así como así.

Una carcajada general subrayó las groseras frases del desalmado.

—Es algo más serio—dijo uno que se había asomado a una de las ventanas—. Si mi vista no me engaña, son tropas de Su Majestad, en número bastante considerable.

—Caballeros—gritó en aquel instante Pedro de Mauprat, jefe de la cuadrilla—, por décima vez vienen a visitarnos los soldados del rey. Por décima vez vamos a demostrarles que en la Roca Mauprat sabemos recibir las visitas «de cumplido» con todos los honores que éstas se merecen.

Y todos los desalmados, armados cada uno con su correspondiente mosquetón o trabuco,

salieron a las almenas dispuestos a vender caras sus vidas.

Entre todos los circunstantes habíase fijado Edmunda en un muchacho joven, de aspecto tan feroz como el resto de sus camaradas, pero cuya mirada, sin dejar de ser codiciosa, distaba mucho de semejarse a la de los demás, criminales empedernidos. El joven en cuestión era Bernardo de Mauprat, sobrino de aquellos desalmados.

Sus compañeros de juego habían sido los lobos; sus amigos de adolescencia, aquellos bandoleros; sus distracciones, las torturas de las víctimas de sus tíos... Con una educación de aquella índole nada tenía de particular que su punto fuerte no fueran precisamente las buenas maneras.

Luego que hubieron salido todos, Bernardo volvió nuevamente al salón y se encerró en él con su prima.

—Sin duda os extrañará un poco la excesiva cordialidad de vuestros familiares. La verdad es que no merecéis menos. Nunca pude imaginar que en el mundo hubiera una mujer tan hermosa como vos, querida prima, y a fe que no he de parar hasta saciarme de besar vuestros divinos labios.

Edmunda colocó uno de los amplios butacones a guisa de barrera entre ella y su primo, que avanzaba con intenciones nada tranquilizadoras. Resguardada tras la frágil trinchera, le habló con cariño:

—Bernardo... vos no sois malo... Mi padre me ha hablado infinidad de veces de vos, el único hombre bueno que hay entre la cuadrilla

de foragidos que alberga esta Roca maldita... Yo sé que si os lo pido me salvaréis... ¡Es vuestro deber!

—¡Gracioso!... ¡Mi deber!... ¡Yo no tengo más deber que el de saciar mis apetitos



y fuerza será si me place que vos os brindéis a ello!

Edmunda se acercó a su primo, diciéndole con voz cariñosa:

—En estos momentos no es vuestra alma la que habla, Bernardo... Yo sé que haréis lo que os pido.

Juan «el Torvo», un sujeto tuerto y cojitrancó, repugnante hasta la sociedad, el más criminal de la cuadrilla, brazo derecho de Pe-

dro de Mauprat, creyendo encontrar a Edmunda completamente sola, penetró en el salón. Al divisar con ella a Bernardo, no pudo reprimir un gesto de disgusto que le hizo cerrar su único ojo.

—¿Qué haces ahí, cobarde? —gritó furioso—. ¡Pronto a la defensa, mujerzuela del demonio! ¿No te da vergüenza estar arrullando a esta figurita de marfil mientras los demás estamos exponiendo nuestro pellejo?

Bernardo tomó su mosquete y se dispuso a salir. Al ir a franquear el umbral, Edmunda lo tomó por un brazo, suplicándole:

—¡Por Dios, Bernardo, si por casualidad estuviera mi padre entre los que luchan, procurad que no lo maten!.. ¡Sería horrible que dos Mauprat se asesinaran entre sí!.. ¡Deídselo a los demás!

—Yo puedo responder de mí, hermosa Edmunda, pero de los otros... Por mi parte, y por el solo título de ser padre de una doncella tan linda como vos, os aseguro que no le haré el menor daño.

La primera sensación de lo que es el amor se la hizo sentir a Bernardo el acicate de los celos. Hallábase tras una de las troneras luchando como un valiente, entre su tío Pedro y «el Torvo», cuando vió que este último volvía hacia el salón. Rápido le ganó la delantera y logró llegar antes que él, cerrando tras sí la puerta. Y apenas la hubo cerrado oyéronse los porrazos y las imprecaciones del desalmado.

—Edmunda —dijo Bernardo con dolor—, vuestro padre no se ve por ninguna parte, ni

sus soldados tampoco. Son las tropas del rey y los villanos del contorno los que nos atacan, y tanto si caéis en poder de unos como de otros, vuestra suerte será la misma.

La joven, que con la ausencia de los enemigos había recobrado su perdido aplomo, decidió recurrir a una estratagema.

—Bernardo, vos que parecéis quererme de muy distinta forma que los demás... ¿no seríais capaz de reservarme para vos solo, librándome de unos y de otros?

El incauto mancébo se dejó coger en la trampa. Animado por aquella dulce promesa que abría ante él los horizontes de un mundo desconocido, apretó un resorte y se abrió una puerta secreta, disimulada en el fondo de la gran chimenea.

—Por aquí podemos bajar a los subterráneos y salir al campo libre después—dijo, tomando a su prima por la mano.

Y ambos descendieron por la pina escalera, cuyos peldaños conducían hacia la libertad.

Paralela a esta estratagema de mujer, en las murallas se planeaba otra estratagema de guerra: las tropas del rey y los villanos, infinitamente superiores en número, habían acabado por matar o mal herir a la mayoría de los arcabuceros. Envalentonados por la debilidad del fuego, signo indudable de la impotencia de los defensores, los soldados y aldeanos se disponían al asalto.

«El Torvo», de acuerdo con su hermano, enarbóló bandera blanca y fué a parlamentar con el vizconde de La Marche, jefe de las tropas.

—Edmunda de Mauprat—manifestó—se encuentra prisionera en nuestro castillo. Mis hermanos prometen devolverla sana y salva en el caso de que respetéis nuestras vidas y abandonéis el terreno. En caso contrario...

Otro que no hubiera sido el vizconde de La Marche no habría claudicado; pero éste, ante el temor de que aquellos desalmados atentaran contra la vida de su adorada, se avino con las condiciones que quisieron imponerle y seguido por sus oficiales y un regular número de soldados penetró en el recinto de la Roca maldita.

Derribaron a golpes de hacha la puerta del gran salón y con la sorpresa consiguiente vieron que ya no estaba allí la doncella. Revisados los aposentos contiguos, encontráronse con idéntico resultado. El vizconde de La Marche mandó a sus acompañantes que rodearan a los hermanos Mauprat.

—Un poco de paciencia, joven—exclamó Pedro de Mauprat—. Ahora recuerdo que Edmunda marchó a las habitaciones altas del castillo a hacerle compañía a su prima. Vamos a buscarla los dos, Juan.

Pedro de Mauprat y «El Torvo» marcharon seguidos de dos centinelas. En la escalera derribaron a éstos y emprendieron la huída, yendo a ocultarse en misteriosos escondrijos sólo de ellos conocidos. Aquella fué la señal para que las tropas emprendieran una degollina general. Todos los miembros de la familia Mauprat, encerrados entre el círculo de soldados, fueron bajados al patio y colgados de sendas cuerdas en los mismos árboles

de los cuales ellos habían hecho pender tantos desgraciados. Los villanos, enfurecidos, aplaudían y vociferaban hasta enronquecer.

Al mismo tiempo en los sótanos del castillo tenía lugar una escena por demás interesante. Despues de infinitos rodeos, de cruzar varias galerías y pasadizos, Bernardo y Edmunda llegaron, por fin, al punto de salida. Un rayo de luna inundó el bello rostro de la doncella, que a la pálida luz del astro nocturno parecía más bella que nunca. Bernardo, lleno de admiración, abrazó a su prima, diciéndole:

—Edmunda, yo no sé lo que pasa en mí; pero es lo cierto que desde que te he visto me siento otro. Tu presencia me ha enloquecido, revolucionado. Me sucede algo que ni yo mismo sé lo que es... Te suplico que no intentes burlarte de mí—añadió al ver que ella sonreía—. Nuestra única salvación está en la huída... ¡Pero antes de partir debes ser mía!...

—¡Aparta, miserable!... ¡Primero me quitaré la vida!—gritó ella, sacando un puñal que llevaba oculto en su seno.

Bernardo le arrancó el arma antes de que pudiese llevar a cabo su terrible intento.

—¡Me has engañado, Edmunda!... — exclamó con acento dolorido—. Está bien... eres libre para marchar a donde te plazca. Yo me quedo con mis tíos, que no son más desleales, viles y embusteros que tú.

Aquel rasgo que, en el fondo, no dejaba de encerrar cierta nobleza, demostró a Edmunda que su primo era lo que ella se había imaginado desde el primer instante. Y si ya en un

principio sintió que el joven le inspiraba gran simpatía; desde entonces la simple atracción se tornó en algo más profundo, en otro sentimiento que tampoco ella hubiera sabido explicar con absoluta certeza.

—Bernardo, yo no puedo salir de aquí sin ti — repuso Edmundna con dulzura—. Yo no puedo permitir que vuelvas con esos monstruos... ¡Huyamos juntos!

—¡Júrame antes que serás mía y no tendré inconveniente en complacerte!

Edmundna, tras unos momentos de vacilación, extendió la mano, diciendo:

—Juro... que... no seré de nadie más que tuya... Pero con la condición de que este pacto será un secreto entre nosotros.

Tras este juramento que llenó de alegría el alma del muchacho, salieron juntos. Al llegar a un claro del bosque fueron sorprendidos por un grupo de villanos, que se apoderaron violentamente de Bernardo, llevándolo en vilo hasta la plaza de armas del castillo.

A unos cuantos pasos de aquel lugar divisó Edmundna a su padre, conversando con el vizconde de La Marche. La doncella se precipitó en brazos de su progenitor.

—¡Papá, se han llevado a Bernardo!... ¡Lo van a matar! —clamó llorosa.

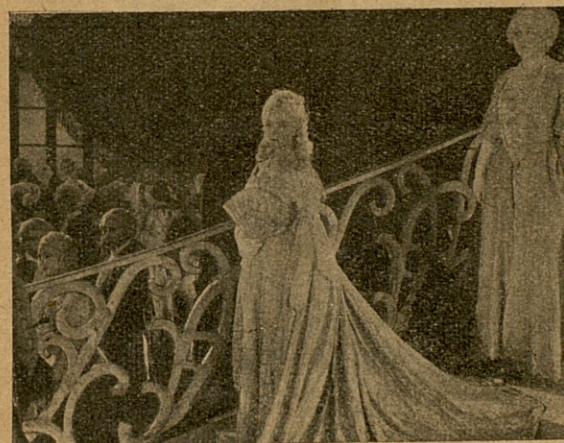
—¿Y qué puede importarlos ese bandolero? —inquirió el vizconde.

—¡Si he salvado mi honra y mi vida, a él se lo debo!... ¡Hay que salvarlo a toda costa, antes que sea ya tarde!...

Como el vizconde pareciera resistirse, el caballero de Mauprat le instó para que montara

a caballo y fuera con él a salvar al muchacho. En el corto trayecto que mediaba hasta la plazoleta del castillo le explicó la historia del muchacho.

—Ese joven —le dijo— es el único hijo de mi



pobre hermana. Al morir ésta, la tutela de Bernardo, que entonces tendría unos cinco años, me fué disputada por el terrible Pedro Mauprat, capitán de esa cuadrilla de forajidos, formada por los segundones de la rama media de mi apellido. Mi primo Pedro, llevado de su deseo de apoderarse de los bienes del niño y de aumentar su cuadrilla con un hombre más, no vaciló en robarlo mientras estábamos velando el cadáver de mi hermana. Si

algo malo ha hecho ese chico en su vida, culpease a los que se han encargado de educarle y al ambiente en que ha vivido. Por lo demás, ya veis que aun estando entre ellos predominan sus buenos sentimientos y ha salvado a mi hija.

Comprendió el vizconde que el caballero de Mauprat sentía por Bernardo casi el mismo afecto que si éste hubiera sido hijo suyo, e hizo valer toda su autoridad para arrancarlo de manos de los villanos, sedientos de sangre y de venganza.

En el castillo de San Severo, poco después, el muchacho, criado en estado salvaje, establecía el primer contacto con un mundo cuya existencia había ignorado siempre. El reverendo padre Aubert, abate del castillo, recibió el poco agradable encargo de ir infiltrando en su espíritu sentimientos e ideas de los que sólo tenía un conocimiento muy remoto. El buen hombre había tomado a pecho su tarea de educador y ponía de su parte cuanto humanamente podía para tallar aquel diamante en bruto confiado a su custodia.

Era la dama de compañía de Edmunda una señorita apellidada Leblanc, antigua coqueta fracasada en la corte de Versalles, que había llegado a ese estado en que una mujer lo perdona todo menos las faltas de cortesía. Desde el primer momento, debido a las rudas maneras de Bernardo, cobró a éste una antipatía que, para calificarla conforme es debido, debemos denominarla odio profundo. Ignorante de los formulismos de la etiqueta, Bernardo decía verdades muy amargas, algunas nada

halagadoras para la tal señora y ésta le odiaba cordialmente.

Cierto día, en una de las frecuentes visitas que el vizconde de La Marche hacía al castillo, la señorita Leblanc, que había tenido ocasión de sorprender las dulces miradas que Bernardo prodigaba a Edmunda, quiso mortificar al joven.

—Ahí tenéis al vizconde de La Marche; más gentil y apuesto no lo hay en toda Francia. Debéis apresuraros a ganar sus simpatías, puesto que muy pronto será el prometido oficial de Edmunda...

Bernardo se quedó como si le hubiera caído encima una losa de plomo. De momento permaneció paralizado; pero cuando vió que su prima y el pretendiente salían de paseo por una de las alamedas, reaccionó y se situó entre ambos, gritando:

—¡Edmunda! ¿Qué significa esto? ¿Creéis acaso que toleraré que os burléis de mí?... ¡Y vuestro solemne juramento?...

La sonrisa que ella lanzara para disimular exasperó aún más a Bernardo. Rápido giró sobre sus talones y, sin añadir palabra, fué a sus habitaciones, donde se despojó del traje de corte que apretaba sus carnes lo mismo que un cilicio.

Amaba por primera vez, con toda la fuerza del instinto, con toda la vehemencia de un corazón mal educado, pero joven y fuerte. Sus pasiones, que nunca conocieron freno, se rebelaron violentas, avasalladoras. Sacó de su armario el traje que llevaba el día de su lle-

gada al castillo y lo contempló durante un buen rato.

Los antiguos harapos eran la libertad, la vida, la nobleza de la maldad mostrada con descaro... ¡El traje de corte?... ¡Hipocresía, monstruosidad refinada, embustes, mala fe, traición!... Los cogió violentamente y los tiró al suelo.

Edmunda le pertenecía... era suya, ¡la tomaría por la fuerza!... Pero de nuevo volvió a dudar, a luchar consigo mismo y, por fin, se puso el traje harapiento. El desventurado, por primera vez en su vida, supo dominar sus pasiones. ¡Mejor mil veces huir, volver a la Roca Mauprat, antes que causar el menor daño a aquella criatura sobrenatural ante cuyos ojos se sentía empequeñecido y se inclinaba humillado!

Al salir del castillo, por la parte posterior, encontró al padre Aubert asomado al pozo y lo agarró por el cuello.

—¡Como diga usted una palabra, lo arrojo dentro con todas sus enseñanzas estúpidas y ridículas que de nada me sirven!

El buen hombre lo creyó muy capaz de ejecutar la amenaza y se abstuvo en absoluto de decir nada.

Camino de la Roca Mauprat encontró Bernardo a un penitente cubierto por recio capuchón de grueso paño que le ocultaba enteramente el rostro. De un empellón lo arrojó al suelo y montó él sobre su burro. Bernardo respiraba libremente. Se encontraba en su elemento; en pleno reinado del más fuerte...

Un poco más lejos le salió al encuentro Mar-

casse. Este es un personaje importante que bien merece un capítulo aparte.

Por aquel entonces existía en los castillos feudales el cargo de «matador de ratones». En cierta ocasión estos diminutos roedores habían llegado a ser una plaga que puso en grave aprieto la agricultura y desde entonces el cargo de «matador de ratones» venía conservándose como un culto a la tradición. Marcasse, personificación de la humana bondad, un tanto filósofo, amante por excelencia de la Naturaleza, había desempeñado desde niño este cargo (brillante, aunque vistas las cosas desde el plano actual no lo parezca) en el castillo de San Severo, y sin exagerar podemos decir que Edmunda le tenía el mismo cariño que a su propio padre. Bien es verdad que desde la muerte de su madre había sido el mejor confidente de la niña, el que mejor había sabido hablar a su tierno y dulce corazón.

Marcasse, al ver a Bernardo, comprendió que huía y agarró el rucio por las riendas.

—¡Atrás, canalla!... ¿Desde cuándo los vilanos se atreven a tocar a sus señores?

—¡Pobre amigo mío!... ¡El buen Marcasse no merece que le déis estos tratamientos!... Si la señorita Edmunda viera vuestra vuelta a las tinieblas del embrutecimiento... ¡cómo llorarían sus hermosos ojos!... La verdad es que tenéis un modo de conquistar a las mujeres...

—De conquistar habéis dicho?

—Sí, de conquistar; esta es la palabra. La persuasión lo puede todo, mi buen Bernardo; pero en lances del querer, especialmente.

Y Marcasse, que sabía leer en el alma de su ama con la misma claridad que en el libro que siempre llevaba consigo y había podido comprender hasta qué punto estaba Edmunda interesada por Bernardo, comenzó a darle a éste lecciones de enamorar.

Después de su frustrada huída, Bernardo decidió poner todo su empeño en pulir sus maneras, en modificar su modo de ser, en instruirse y ser digno de la que era norte y guía de toda su existencia. Edmunda lo observaba con atención, pero cuantas veces intentó Bernardo hablarla para que le repitiera su juramento se encontró con que ella hallaba el medio de esquivar las confidencias.

Días después de esto sucedió un pequeño incidente que puso a prueba a los dos enamorados. El vizconde de La Marche, cansado de permanecer en la incertidumbre, escribió una carta a su adorada en la que le rogaba le autorizara para pedir oficialmente su mano.

Edmunda se apresuró a contestarle, diciéndole que lo sentía, pero que había entregado el corazón a su primo, cuando llegó éste y, al ver la dirección de la carta, la rompió en menudos pedazos.

—¿De modo que le escribías a ese petrífico de La Marche? ¡Quiero saber que le decías! —exclamó furioso, tratando de volver a juntar los pedazos.

—¡Veo que es inútil que mi padre y yo hagamos lo imposible por convertiros!... —repuso ella entre apenada y colérica—. ¡Siempre seréis un grosero!

Desde aquel momento el joven dejó de ver

la constante sonrisa de su prima, dejó de oír sus frases halagadoras. En esta situación pasaron los días y las semanas y el tiempo sólo sirvió para aumentar el desconcierto reinante en su alma de enamorado. Bernardo no comprendía, no podía comprender lo que pasaba en el ánimo de Edmunda por la sencilla razón de que para entender su exquisita feminidad se necesitaba una instrucción más elevada, una naturaleza más poética que la suya, salvaje y dominadora.

Y en este estado de ánimo fué cuando concibió el proyecto que todos calificaron de locura.

—He acabado por convencerme —le dijo un día a su amada— que vos no me querréis nunca; que cuanto haga o diga no servirá más que para reforzar vuestros pretextos, para esquivarme o burlaros de mi «brutal» cariño. En tales condiciones prefiero abandonar el castillo. Y como sin vos no puedo vivir y me falta valor para suicidarme, he presentado mi solicitud para ir a la guerra.

—Esta chiquilla le quiere y él la adora... ¡Lástima que tenga ese carácter tan... tan Mauprat! —exclamó el padre de Edmunda, allí presente, dirigiéndose al reverendo monseñor Aubert.

—Así es en verdad, señor; con este carácter tan impulsivo es difícil... Pero veamos, quizás yo lograré convencerlo.

—¡Bernardo, mi querido Bernardo! —añadió dirigiéndose a su discípulo—. ¿Cuántas veces he de deciros que no debemos dejarnos llevar de las pasiones?

—¡No me venga usted con latinajos ni con sermones, padre! ¡Guárdese sus tonterías para quien sepa y pueda digerirlas!... ¡Ya sé lo que me va a decir: ¡Paciencia... resignación...! ¡Con estos medicamentos no se cura a nadie!

La pobre Edmunda, transida de dolor, se fué en busca de su fiel Marcasse.

—Marcasse, necesito tu ayuda... Bernardo se va a la guerra y como es tan temerario y atrevido, quisiera que le acompañaras para que no hiciera locuras... ¡Hazlo por mí, Marcasse! ¡No me hagas llorar!... ¡Pero, sobre todo, no le digas nunca que yo te he dicho que le acompañes!...

—Pero, por Dios, señorita Edmunda!... ¿Cómo queréis que vaya yo a la guerra, yo que no he matado en mi vida otra cosa que ratones?—exclamó el pobre Marcasse, a quien el solo hecho de oír la palabra guerra ya le ponía la carne de gallina.

—Si tú no vas con él, yo moriré de pena! —imploró ella llorosa.

—Está bien, Edmunda; puesto que lo ordenáis, iré; pero yo no estoy solo en el mundo. ¿Me dais palabra de que cuidaréis de mi querido «Sultán»? ¡Cuidadlo como si fuera hijo vuestro!... ¡Es el único amigo verdad que tengo en este mundo!... —articuló el pobre «matarratones», entregando su fiel perrito de lanas a la doncella.

Edmunda se hizo cargo del Perrito de Marcasse, tan dócil y bueno como su amo, y éste, seguro de que su buen amigo quedaba bien adoptado, partió para América con una can-

tidad de miedo dentro del cuerpo como para llenar una docena de trasatlánticos.

Pasaron los meses. De América iban llegando de vez en cuando noticias ante las cuales palidecían todos los sucesos que ocurrían



en San Severo. Bernardo de Mauprat andaba de éxito en éxito y se había convertido en uno de los primeros auxiliares del famoso general La Fayette.

El caballero de Mauprat, sintiendo próxima su decrepitud, esperaba ansioso el retorno del valeroso Bernardo para formalizar antes de su muerte el porvenir de su hija. Por fin, el ansiado día se presentó. El hijo pródigo volvió a los lares, donde todo el mundo le aguardaba

con los brazos abiertos y Edmundua más que nadie, dispuesta a apretarlo en ellos hasta hacerle daño.

—La verdad es que envidio a vuestro primo, amiga mía—decía el vizconde de La Marche a Edmundua al ver los preparativos que se hacían para recibirla—. No se habla de otra cosa que de sus triunfos por tierras de América... de sus conquistas... no se piensa más que en él; no se quiere a nadie más que a él.

—Y a usted también se le quiere, pero como un buen amigo, nada más. Y para que vea que también se piensa en su persona, aquí tiene la invitación que pensaba mandarle para que asistiera a la cacería que daremos el martes en celebración de la vuelta de Bernardo.

El momento de la llegada del héroe fué por demás emocionante. Edmundua lo cubrió de besos y luego la emprendió con Marcasse, el escudero, casi como si dijéramos su nodriza, pues una vez desprovisto del miedo se había ganado hasta unos galones de sargento. ¡Tontería de pisto que se daba Marcasse con su uniforme!...

Aquella noche, al marchar hacia su vecino castillo, el vizconde se topó en el parque con un penitente. Creyó si sería alguno de aquellos fantasmas que desde hacía cerca de un año veían rodar algunas noches por los jardines del castillo; pero no tardó en convenirse de lo contrario. No lejos de allí, sobre un banco, hallábase el padre Aubert, a cuyos pies se prosternó lloroso el encapuchado.

—Seréncese, hermano; cuanto mayor sea su

falta, mayor será también la misericordia divina—respondía el padre.

El vizconde hizo memoria y recordó que había visto varias veces a aquel individuo misterioso. De buena gana le habría detenido, pero creyó que el penitente iba a confesar y le repugnó escuchar un secreto de confesión.

Aquella noche el caballero de Mauprat tuvo una interesante conferencia con su sobrino.

—Mientras tú estabas en América bruñiendo al sol de la gloria el brillo de tu escudo, yo he limpiado de deudas y cargas tu propiedad de la Roca Mauprat. Hoy este patrimonio es absolutamente tuyo y debes ir a él para ver qué reparación precisa, bien entendido que todos los gastos corren a mi cargo.

Venciendo sus naturales escrúpulos, Bernardo giró una visita a la Roca Mauprat. A la vista de aquellos lugares comprendió cuán absoluto y completo era el cambio que se había operado en su espíritu gracias a la influencia del hada que adoraba más que nunca.

La sirviente que salió a atenderles, al ver a Bernardo y a Marcasse, ambos embutidos en sus flamantes uniformes de soldados del rey, no cesaba de mirarlos de manera un tanto celosa, lo que dió lugar a despertar las sospechas del fiel escudero, si bien de momento creyó que todo ello era hijo de la influencia que el uniforme opera sobre el bello sexo.

Dos días después se organizó la anunciada cacería. El castillo de San Severo, al que habían concurrido todos los nobles de la comarca, presentaba un aspecto imponente. Ya habían andado los cazadores un buen trecho

cuento Edmund y su primo se separaron de la partida.

—Edmund... ha llegado el momento de que hablemos a solas y extensamente. Bajad de vuestro caballo y demostradme que se han acabado vuestras crueidades de antaño.

Bernardo dejó su carabina apoyada junto a un árbol y fué a tener el estribo de su prima; al descender, la abrazó con fuerza, y ésta, después de un leve forcejeo, consiguió desasirse de los robustos brazos del mozo. En aquel mismo instante sonó un disparo y la infeliz muchacha cayó al suelo exáime.

Bernardo quedó anonadado, sin atreverse siquiera a tocarla, por miedo de convencerse de la terrible verdad. Llegaron algunos cazadores, Marcasse el primero, y lo apartaron de aquél lugar. Pero allí estaba la escopeta del joven, con el fulminante todavía sujeto por el gatillo, signo indudable de que acababa de ser disparada. Esto de una parte y de otra sus cabellos en desorden dieron pábulo a que se le considerara autor del criminal atentado. No obstante, era tan sincero su dolor, que nadie se atrevió a manifestarlo.

Edmundo fué llevada al castillo y reconocida detenidamente pudo apreciarse que la herida era de relativa gravedad. Durante su delirio, Edmund pronunció algunas frases que no venían ni mucho menos a desvanecer las suposiciones que sobre Bernardo se cernían.

La señorita Leblanc, que no perdonaba al joven las ofensas que de él había recibido, se encargó de propalarlas y ella misma mandó a la administración de justicia el anónimo que

debía conducir a Bernardo al banquillo de los acusados.

Llegó un momento en que sólo Marcasse se hallaba convencido de la inocencia de su amigo. Así, erigiéndose en campeón de su causa, le visitaba frecuentemente en su encierro.

—¿Nada nuevo, querido Marcasse?—le preguntaba cada día al recibirlo.

—Desgraciadamente, como siempre, señor —le dijo cierto día—. Edmund sigue sin poder hablar; la señorita de compañía acusando siempre; las gentes malas haciendo coro a sus calumnias; y el tribunal poco propicio, por las ideas que habéis traído de vuestra estancia en América con La Fayette. Pero hoy tengo algo nuevo que contaros: pensando en quiénes podían ser los criminales, me acordé de aquella joven que en la Roca Mauprat parecía mirarnos de una manera tan extraña y, al efecto, me trasladé al maldito castillo con la esperanza de descubrir algún indicio, algo que me pusiera sobre la pista.

—¿Y viste algo?... ; Cuéntame!

—Algo, no; mucho. En uno de los torreones vi esconderse al penitente que cruzó el bosque en el momento del crimen y dentro había otra persona que no pude ver. Entonces llamé a la misma doncella y la cominé: «¡Dime quiénes son esos sujetos que se esconden en el torreón o, de lo contrario, te mando a la cárcel!» Ya sabéis—prosiguió orgulloso—el respeto que inspira mi uniforme a las mujeres... Total, que la muchacha accedió a esconderme para que los viera y son dos

de vuestros tíos a quienes creíamos desaparecidos : Pedro y «El Torvo».

—Puedes estar seguro que ellos son los autores del atentado, Marcasse. ¡Te agradezco con toda mi alma el servicio que acabas de hacerme!... exclamó el joven, estrechando efusivamente la mano de su escudero.

El proceso se vió ante el tribunal de Bourges. Reinaba enorme expectación por ver el trato que recibiría «un amigo de La Fayette» por parte de quienes representaban un sistema social que se hundía por momentos... 1793 se acercaba a pasos agigantados.

Marcasse declaró cuanto sabía e hizo comparecer con él algunas aldeanas que podían dar fe de sus palabras. Pero ¿qué valor podían tener las declaraciones de unos villanos ante la deposición de una noble dama que había estado en Versalles? La señorita Leblanc se levantó en medio de un silencio general.

—¡Yo no comprendo cómo aun puede ponerse en duda la culpabilidad de ese empedernido criminal! —dijo señalando a Bernardo—. Todos sabemos su pasado; conocemos su manifiesta brutalidad y sabemos que siempre ha perseguido a Edmundna como un sátiro miserable...

Acto seguido, tras esta acusación que hundió a Bernardo, se levantó el vizconde de La Marche.

—El padre de la interesada, el caballero Humberto, se encuentra indisposto y me encarga le excuse ante el tribunal. En cuanto a mí, me tendría por un mal caballero si en este momento no obrara con exagerada leal-

tad. Creo que no debe tomarse resolución alguna hasta escuchar la más importante de las deposiciones : la de la señorita de Mauprat. Ella es la única que puede aportar luz al asunto y evitar que se condene a un hombre que muy bien puede ser inocente.



El tribunal lo reconoció así y el juicio quedó pendiente hasta que Edmundna pudiera declarar.

El penitente encapuchado, haciendo protestas constantes de santidad, había conseguido captarse la confianza del padre Aubert y penetrar en los aposentos de Edmundna, así como en todo el castillo, donde robaba cuanto se ponía a su alcance.

El día que nos referimos, al volver del juicio, el vizconde de La Marche se encontró de manos a boca con el encapuchado.

—¡No os vale llevar este disfraz!—le dijo, asiéndolo fuertemente por el cuello.— ¡Sois el maldito tuerto que salió a parlamentar conmigo en la Roca Mauprat! —Conque escapasteis con vida, eh?... ¡Ahora veréis lo que os aguarda!

Juan «El Torvo» forcejeaba de manera desesperada y habría logrado huir si el ruido de la lucha no hubiera atraído algunos criados, que lograron reducirle. El vizconde se acordó entonces de que en el momento de sufrir Edmunda el fatal accidente había visto cruzar al encapuchado por un claro del bosque y no le cupo duda de que estaba complicado en el crimen.

—Registrad a este canalla y ved si lleva armas—ordenó a los criados.

El registro dió más fruto de lo que el mismo vizconde esperaba. En uno de los pliegues del burdo sayal aparecieron la mayoría de las joyas de Edmunda y ocultas en un simulado cilicio una pistola de dos cañones y una daga.

Aquella misma tarde puso el vizconde en conocimiento de los jueces lo que acababa de descubrir y aun cuando Edmunda no se encontraba en condiciones de ir a prestar declaración, como se trataba de rehabilitar a su amado, ella misma solicitó ser conducida en una litera hasta la Audiencia de Bourges, donde al siguiente día, sin más dilación, se revisó nuevamente el procesado.

—Juro que este hombre es inocente...—articuló Edmunda con voz débil.

—¿Y qué pruebas tenéis para demostrarlo?—preguntó el presidente.

—Ninguna más que mi palabra... Pero... ¿por qué Bernardo había de atentar contra mi vida... si él me ama... yo le adoro... y no espero más que ser su esposa?

—Señor presidente —interrumpió Bernardo con vehemencia—, ¡ahora ya podéis condenar a muerte, si queréis, al hombre más feliz del mundo!

Y envolvió a su amada en una mirada dulcísima, en la que los circunstantes pudieron leer su inmenso amor.

Como perfecto cobarde, Juan «El Torvo» cantó de plano. Dijo todas las fechorías que había cometido en el plazo de un año con Pedro de Mauprat y lo acusó de haber disparado contra Edmunda, valiéndose de la carabina que Bernardo había abandonado al aparecerse de su caballo.

El buen Marcasse, debidamente autorizado, salió con unos cuantos corchetes y no fué para él tarea difícil el dar con el terrible Pedro de Mauprat, que aquella noche acabó la serie de sus crímenes pendiente de una cuerda, volviendo con ello la tranquilidad a la comarca.

Y algún tiempo después, muy poco, porque la impaciencia de Bernardo casi no dió lugar a realizar los preparativos, en la gran iglesia del castillo de San Severo resonaban los solemnes acordes de una marcha nupcial.

—¡Al fin, Edmunda!...—le dijo Bernardo

aquella tarde cuando pudieron huir del bullicio de los invitados y refugiarse en el pabellón que les había sido destinado.

—¡Al fin, Bernardo!—repuso ella jocosa, devolviéndole el abrazo—. Pero supongo te habrás convencido de que sólo con amor se conquista el amor; de que *a la fuerza no se ama*.

FIN

